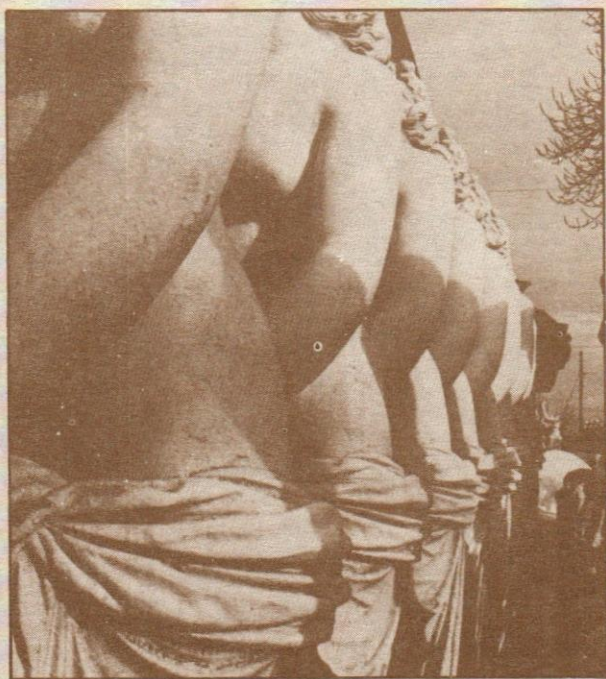


ARTE
Y
LITERATURA



Balace de 15 años de estudios literarios en Colombia

ISAIAS PEÑA GUTIERREZ*

1. Por su incidencia tanto en las letras como en la vida nacional, los historiadores y críticos de la literatura en Colombia ocuparon un lugar especial en la primera mitad de este siglo. Basta recordar los nombres de Baldomero Sanín Cano (1861-1957), Antonio Gómez Restrepo (1869 - 1947), Luis Eduardo Nieto Caballero (1888 - 1957), Gustavo Otero Muñoz (1894 - 1957), Antonio Curcio Altamar (1920 - 1953), y Hernando Téllez (1908 - 1966).

Después, sobre todo después del luctuoso 1957, en que murieron Sanín, Nieto y Otero, no es que hayan desaparecido los investigadores de la literatura, incluso podríamos decir que aumentaron, pero su presencia —por razones previsibles— disminuyó en el grado que antes la tuvieron. El último de ellos, Hernando Téllez, parece darle el puntillazo final —como en el argot del toreo— a esa prelación que gozaban en el ámbito nacional. Alberto Lleras Camargo lo baticinó cuando escribió: “Y súbitamente Hernando Téllez murió sin haber escrito una obra para la cual se venía preparando con un hondo pensar, un activísimo leer y una soledad maduradora” (*Ensayistas colombianos del siglo XX*, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1976, p. 145). Téllez que había sido el periodista, el parlamentario, el narrador y el crítico por excelencia aunando aquello que posibilitaba *imagen nacional*, es decir, poder político y eficacia literaria, se iba —se fue— sin entregarnos su

* Abogado, escritor, autor del *Manual de la Literatura Latinoamericana*, director del Taller de Escritores de la Universidad Central.

obra mayor, cuyas características deducimos hoy leyendo las recopilaciones de sus artículos y ensayos, o sus libros, pero que en definitiva no absuelve los interrogantes finales de una crítica extraña al desarrollo intenso de una década literaria como la del 60 en Colombia y en América Latina.

Ni historiadores, ni críticos, tendrán en adelante las audacias de ellos; los estudios tenderán hacia la atomización, esquivando las visiones de conjunto. Y si la crítica quedaba en suspenso con Téllez, (¿qué hubiera opinado de *Cien años de soledad* al año siguiente, él que había recibido más con asombro que con certeza las anteriores obras de García Márquez)?, con la muerte de Altamar en 1953, las posibilidades de organizar una nueva historia de la literatura colombiana, se esfumaban.

2. El tránsito entre la década del 60 y la del 70 trajo nuevas modalidades en la crítica literaria, el ensayo y la historia. El acceso de esas modalidades a los medios escritos de la capital, que comenzaron a reducir el paginado de los materiales publicados y a darles más “variedad” y “agilidad” —en resumen, hacerlos frívolos para ganar más lectores—, se redujo en un ciento por ciento. Muy pocos políticos, además, combinaron su profesión con la literaria. Y las corrientes estructuralistas europeas enmarañaron de líneas geométricas y signos algebraicos los textos de los nuevos analistas de la literatura abonando la separación de bienes en el matrimonio anterior de prensa y literatura.

Desde entonces, la ciencia literaria se ha desarrollado en Colombia con ese tono, el de ciencia, dejando a muy pocos la posibilidad de escribirla como arte cierto. Y se ha desplazado a revistas y libros especializados, con consecuencias que hoy todavía siguen sin evaluarse. Una de ellas, sin embargo, salta a la vista, y se refiere a la desaparición del artículo (ensayo o crítica literaria) que mediante el periódico o la revista de circulación masiva llegaba a integrarse a un lector menos culto que el de la revista especializada, contribuyendo a la conformación de una tradición humanística (que a veces Téllez no encontraba a su alrededor, y que ahora, por el contraste, se hace evidente). Son incomparables los artículos sobre literatura colombiana publicados en los periódicos por Rafael Maya (un poeta excelente crítico) o por Téllez, y los pocos

que —en versión frívola— vinieron a ocupar su puesto después. A su vez, el aislamiento de la crítica y el ensayo literarios de los medios masivos impresos —pues, en los radiales y de televisión, salvados los demasiados excepcionales casos, no existen—, concentró a sus autores en recintos cerrados dentro de las universidades o los redujo a columnas homeopáticas en algunos medios independientes.

3. Una vez internada la crítica literaria en los recintos universitarios, los tres últimos lustros, en Colombia, pueden reducirse a un problema esencial: darle un soporte científico. La filología entró en crisis, y no tanto porque lo quisiéramos —el peso de los estudios gramaticales de Caro y Cuervo, sobre todo de este último, continuaba con todo su rigor—, fue reemplazada por la avalancha de teorías europeas sobre el lenguaje que desde la década anterior se preparaban para invadir a Latinoamérica. La Academia de la Lengua y sus miembros no fueron tomados por asalto; su fortín permaneció intacto. Solo que mientras ellos resolvían pequeños problemas de sintaxis o de ortografía, alrededor de las universidades se levantaron agresivos templos donde oficiaban los representantes de las distintas ramas del estructuralismo francés. Desde entonces, el análisis literario, apoyado en las ciencias del lenguaje y la comunicación, busca afanosamente el eslabón perdido entre arte y ciencia. A los estructuralistas siguieron, más o menos en orden, los generativistas transformacionales, los semiólogos, los textualistas, y los de la recepción.

La vocación positivista de ambos, de filólogos y “lingüistas”, no los diferenciaba mucho. No obstante, estos traían un nuevo repertorio de conceptos y lograron cautivar a los jóvenes estudiosos de las letras, ya aburridos de las disquisiciones de los académicos. Las dos décadas, se emplearon para aprenderse de memoria desde las funciones del lenguaje, incluida la poética, de Roman Jakobson hasta las actuales teorías de Van Dijk, sin descartar a todos los miembros de la Escuela de Praga, los formalistas rusos, a Todorov o la Kristeva, Barthes o Greimas, Genette o Bremond, etc. Si tuvimos una tradición de estudios lingüísticos en Cuervo y sus herederos, nadie la tuvo en cuenta. Los mismos textos de enseñanza del español comenzaron a cambiar la terminología con que se conocían las “partes de la oración” y, de pronto, los alumnos se encontraron con palabras que, por lo general, mal traducidas del

francés, los desconcertaban, y el país que mejor escribía y hablaba el "español" en el continente —siempre nos dijeron eso— terminó dibujando árboles para explicar más a fondo la composición ya no de la oración o de la frase, sino del sintagma.

Esta visión científica (en realidad, el estudio del circuito de la comunicación enriqueció desde esa perspectiva la ciencia del lenguaje, como venía ocurriendo desde Saussure), que en la mayoría de los casos ha devenido en cientifista, de inmediato conquistó a los estudiosos de la literatura. Y aunque se buscaba todo lo contrario, liberar de estereotipos al análisis literario —aunque, es cierto, también se buscaba encauzar de manera racional la interpretación del texto artístico, que siempre se diluía en apreciaciones históricas, biográficas o impresionistas—, se terminó copiando, como nunca antes, modelos aplicados a cuentos, novelas o poemas escrutados por los diseñadores. Si un poema de Baudelaire o un cuento de Poe fueron analizados por lingüistas europeos, los profesores —más que antes, ahora los críticos se transformaban en titulares de las cátedras de literatura o lingüística— repetían la matriz que luego los muchachos aplicaban a sus libros nacionales. Y si con los alumnos esto parecía natural, lo desapacible resultaba verlo de igual manera en aquellos críticos que se torturaban tratando de desentrañar la literariedad de un cuento o de un poema colombiano forzando los criterios de Jakobson o de Barthes. La científicidad de estas teorías convirtieron el arte de la interpretación en reproducción de fórmulas matemáticas, destructoras tanto de lectores desprevénidos —incluso prevenidos— como de posibles vías para el enriquecimiento de la crítica y el ensayo literarios. Estos profesores jamás volvieron a participar de la vida cultural del país, pues una conferencia pública sobre *El coronel no tiene quien le escriba* preparada sobre bases de lógica matemática hubiera sido un reto para el conferencista que no quisiera ver salir uno a uno sus interlocutores. Salvo los alumnos, que a lo mejor gozaban estas torturas, nadie más volvió a escuchar a los críticos literarios de las universidades. Pienso hoy, quince años después, que ellos han desarrollado —siempre corriendo detrás de los lingüistas de las metrópolis— más la ciencia del lenguaje que la posible ciencia de la interpretación literaria que, por fortuna, se rehusa entregar los misterios de su esteticidad. Le ha servido la literatura a la lingüística, sin dudas,

En la nueva era de revistas universitarias, los autores españoles y latinoamericanos desaparecieron, salvo que actuaran de

4. En este período surgieron en las universidades revistas dedicadas a reproducir las traducciones de los lingüistas franceses, italianos, angloamericanos, checos o rusos. Antes estas revistas no existían. Los estudios literarios se publicaban en las revistas generales de cada institución y tenían una gran influencia española y latinoamericana. No pretendían ser científicas y aparentaban ser más creativas. Sus lectores no eran especializados y provocaban un crecimiento del gusto literario.

No se trata de impugnar aquí las teorías estructuralistas, semiológicas o las de la recepción de la obra, o, en últimas la, en este momento, panacea de Mijail Bajtín. Porque ese balance corresponde a otras latitudes. Más adelante se citarán las obras en apretado análisis para comprender como algunas excepciones tranquearon la barrera del modelo castrador y lo-gramon, en medio del caos y la enajenación, dar cuenta de nuestra literatura.

De este agónico balance —pues ya muchos profesores y críticos han pedido el regreso al principio, puesto que los gestores europeos, norteamericanos o socialistas cambian tanto de año a año, que no alcanzan por acá a entender una teoría cuando las rectificaciones o nuevas tendencias aparecen—, una evidencia ponderamos como grave. La ausencia de valoración de la obra literaria contemporánea —debido a que los profesores críticos mientras se aprendían las nuevas variantes de cada teoría no alcanzaban a leer la literatura del día, y sus teorías filo-europeas no permitían la valoración— ha desembocado en una ausencia de criterios para sacar saldos en medio de una producción editorial que ha ido creciendo como ninguna otra en Latinoamérica. Y los pocos críticos ajenos a la universidad que subsisten, se mantienen al margen de aquellas disputas y si muy cerca de una crítica envejecida en las fuentes del sociologismo marxista ortodoxo o del europeísmo impresionista de mediados de siglo.

pero pobres han sido los resultados para la crítica literaria, entre nosotros, esta desagradable alianza con las teorías lógico-matemáticas-positivistas del lenguaje.

ventrílocuos de otros libros extranjeros. En las facultades de idiomas o de español sobrevino el cisma, y los estudios de la literatura y de la lingüística se abrieron, aunque jamás han podido vivir los unos sin los otros. Algunas de aquellas revistas —unas no pasaron de los primeros cinco números— respondieron al impulso de crear “círculos lingüistas” al estilo checo, ruso o norteamericano. Recordamos, por ejemplo, la revista “Lenguaje”, del Departamento de Idiomas de la Universidad del Valle, dirigida por Luis Angel Baena Z., cuyo primer número apareció en 1972, y en 1981 iba por el número 12. Baena, profesor brillante, de manera muy franca, pidió en el XVII Congreso Nacional de Lingüística y Literatura, celebrado en Pereira del 2 al 5 de noviembre de 1988, una tregua en la absurda maratón de estar siguiendo a los teóricos europeos a toda costa. Y solicitó reflexionar acerca de una lingüística que aprovechara las cuatro o cinco corrientes exportadas desde París en los últimos 20 años. El objetivo o la meta nos pareció poco alentador, pero pedir una tregua —en un país donde todos, el gobierno, las guerrillas, los sindicatos, piden treguas, así no se cumplan— para volver sobre nosotros mismos y lo que éramos antes, resultó significativo.

“Lingüística y Literatura”, del Departamento de Español de la Universidad de Antioquia, convertido en Departamento de Lingüística y Literatura en 1981, ha seguido este mismo proceso de apoyo mutuo entre las dos disciplinas. Darle una pasada al índice de su número 4, julio-diciembre de 1981, puede aclarar y fundamentar lo antes dicho; exceptuando los poemas del final, sus ensayos se refieren, sobre todo, al aspecto lingüístico: “Algunos planteamientos sobre semántica lingüística”, “Einstein y la ciencia del lenguaje”, “Semanálisis del discurso periodístico”, “La semiótica textual en Umberto Eco”, “Julio Ribeyro o la experiencia de lo cotidiano”, “Psicoanálisis, sociología genética y crítica literaria”, “Algunos aspectos etnolingüísticos de la comunicación en San Andrés”.

En estas revistas, como en “Revista Colombiana de Lingüística”, del Círculo Lingüístico de Bogotá, o en la nueva “Glotta”, que ha desplegado una mayor cobertura para integrarse a los problemas nacionales, siempre la literatura y la crítica literaria han conseguido menos de lo presupuestado en la alianza inicial. Un ensayo como “El hombre: polifonía y sociolecto narrativo”, sobre el cuento de Juan Rulfo, susten-

tado en las tesis de "Barthes, Bajtín, Genette, Benveniste y Greimas", publicado por Fabio Jurado Valencia en el No. 3 de "Glotta" (Bogotá, diciembre de 1987), demuestran que todavía estamos enredados en un galimatías que poco ha aportado al desarrollo y consolidación de una nueva crítica literaria.

Por otro lado, el de las revistas culturales no académicas, o el de las revistas generales de algunas universidades como la de Antioquia, del Atlántico, de Medellín, de la Javeriana, de la Universidad Central, la crítica literaria y el ensayo literario continúan ocupando un espacio importante, dentro de los marcos de una estructura tradicional y, a veces, de tendencia semiológica o sociocrítica. Tal vez la revista que en la crítica ha buscado remover con mayor énfasis los valores de la literatura colombiana, ha sido el "Boletín Cultural y Bibliográfico" de la Biblioteca Luis Angel Arango, en su nueva época (a partir de 1984), dirigida por el poeta Darío Jaramillo Agudelo. Ahí un número grande de escritores jóvenes, casi todos desconocidos, han llegado casi al extremo de destruir —por razones generacionales o política— textos que son valederos. Pero han tenido el valor de fraguar sus críticas con inteligencia y sin la criptografía del que poco piensa y poco *dice*.

En la prensa escrita, la crítica ha cambiado de tono y de lugar. La reseña rápida, necesaria y útil, ha reemplazado de manera inexplicable a la crítica que en su tiempo escribiera, por ejemplo, Hernando Téllez. Pareciera que los directores de los periódicos o directores de los suplementos dominicales, se contentaran con la información de la aparición de los libros, únicamente, olvidando la importancia de índole histórica que tiene el evaluarlos en la extensión que cada uno exige. Salvo la actividad crítica permanente de escritores como Germán Vargas o de Gustavo Alvarez Gardeazábal —y no en los diarios principales del país, sino en los de provincia—, el periodismo colombiano ha olvidado la inclusión de la crítica y el ensayo literarios en sus páginas, así diarios como "El Tiempo" hayan mantenido en los últimos 15 años columnas y ahora una páginas dedicada a la información bibliográfica.

5. Aunque no se asocian con frecuencia, en muchas ocasiones la crítica literaria suele depender del medio donde se publica o de quien organiza, por ejemplo, un número monográfico. Que-

remos citar cuatro ejemplos. La Universidad de Los Andes, de Bogotá, publicó en la década del 70 su revista "Razón y Fábula", con gran influencia de su facultad de Filosofía y Letras, entonces vinculada, por intermedio de algunos profesores y alumnos, a las distintas corrientes de izquierda internacionales; además, era frecuente la alianza entre la sociología y la literatura. A esa visión socio-política-literaria (el empeño consistía en integrarlas del todo para deducir los valores literarios de la obra escrita) correspondió el número 42, de mayo-junio de 1976, en el que aparecieron cinco ensayos de María Teresa Cristina, Jaime Mejía Duque, Rosario Casas, Clemencia Forero y Monserrat Ordóñez, titulados, en su orden, "Novela y sociedad en José María Samper", "Jorge Isaacs y la cosmovisión romántica en *María*", "Pax, una consagración injustificada de la crítica", "Gamonales y tiranos en la novela colombiana" y "Dalton Trevisan y la noche de pasión del vampiro de Curitiba". En estos estudios el análisis literario parte del examen de los temas, de los significados, de las relaciones sociales establecidas, partiendo de códigos sociológicos o filosóficos, aunque ya algunos de ellos se comprometían con las categorías barthianas. Pero frente a la utilería lingüística usada por la nueva academia estructuralista o semiologista, en la que desaparecía el entorno social, estos seguía una ruta legible para el común. Esta estética sociológica, de resonancias —en algunos de ellos— marxistas o maoistas o trostquistas, también obtuvo frutos en revistas como "Ideología y Sociedad", la cual, en su número doble 17/18, de abril-septiembre de 1976, dió a conocer uno de los ensayos más citados en la crítica literaria colombiana, "Niveles de realidad en la literatura de la *violencia* colombiana", de Laura Restrepo y en cuya presentación se decía: "La autora hace comprender el proceso de creación literaria como 'literaturización de la realidad', analizando primero el esquema dentro del cual los escritores encuadran su visión de la realidad y después las técnicas y recursos narrativos que se utilizan para plasmar tal visión del mundo convulsionado. Encuentra entonces que la clave de la realidad literaria no está contenida tanto en el abordar con mayor o menor inmediatez el objeto literario sino en 'cuanto más ricos sean los recursos estilísticos, más profundo el proceso poético. . . mayor será a su vez, la capacidad de sondear las diversas facetas de la realidad, de penetrar en sus recodos más escondidos". Historia, sociología y técnicas o teoría literaria, eran las bases del ensa-

yo. Por curiosidad, debe recordarse que este es, entre nosotros, de los muy pocos ensayos que han defendido *La mala hora* de García Márquez como obra donde la violencia se expresa “en términos decididamente literarios” (junto a *El Gran Burundún Burundá ha muerto*, de Jorge Zalamea).

Un caso similar ocurre con el ensayo “La novela en el siglo XIX, el caso de la *Manuela*”, de Ricardo Daza y Nicolás Bons Esguerra, publicado en la edición No. 18, de febrero de 1979, de la revista UN (Universidad Nacional, de Bogotá), cuyas búsquedas o criterios seguidos fueron caracterizados por sus autores al cerrar su texto, así: “El valor histórico y literario de *Manuela* está en su realismo en cuanto este indica el surgimiento de una expresión propia en la literatura, así esté llena en las limitaciones que hemos señalado en las páginas anteriores. Si bien la asimilación de los elementos extranjeros es aún insuficiente, la presencia de lo nacional es lo suficientemente fuerte para hacer de esta novela el primer anuncio del advenimiento de una narrativa auténticamente nacional” (p. 82). Categorías estas, las de una literatura nacional, las de una expresión propia, las de un realismo, como escuela, diferente al europeo, o diferente al costumbrismo español, que dejaron pronto de funcionar al predominar el esquema lingüístico de los ochentas.

Por último, la “Revista de Estudios Colombianos”, editada por la Asociación de Colombianistas Norteamericanos, que integran norteamericanos y colombianos residentes en Estados Unidos o en Colombia, publicó en su Número 5 de 1988, una serie de ensayos, reseñas o entrevistas a críticos sobre literatura colombiana realizada por mujeres, escritos por Sharon Magnarelli, Gilberto Gómez, Patricia Londoño, Lucía Garavito, Alicia Fajardo, Cecilia Hernández, Germán Vargas, Montserrat Ordóñez, Angela Pérez, Susie de Vargas y Raymond L. Williams. En ellos, el tema mismo se impone al criterio del análisis.

6. Cuando un joven poeta llegó hace quince años a uno de los principales centros de difusión cultural, el Instituto Colombiano de Cultura (Colcultura), se propuso recopilar el pensamiento crítico literario, así fuera —siempre es así, desde cualquier ángulo que se vea— desde su propia óptica. Y ante la ausencia, en ese momento, de una crítica caudalosa, los volú-

menes retrospectivos que llegó a publicar le sirvieron al país para recordar que en un pasado inmediato los medios y los autores habían sido más beligerantes, más productivos, más atentos a su propia realidad. Ahí en esos libros volvimos a saber de esos autores que vivieron ilusionados con la literatura europea, que comparaban la nuestra siempre con la de la metrópoli, que acudían a las citas de griegos, romanos, franceses o ingleses (a mediados del siglo, a los norteamericanos), para refrendar sus ensayos y críticas sobre los libros colombianos que lograban sus favores. Porque, de todas maneras, las polémicas al estilo José Eustasio Rivera vs. Eduardo Castillo, 1921-1922, que habían copado páginas enteras de los periódicos, con cartas que eran densos ensayos literarios, ya eran un simple recuerdo. Algunos de esos libros retrospectivos (con autores vivos y muertos), en colecciones coordinadas por aquel poeta joven, Juan Gustavo Cobo Borda, son los siguientes:

- a) Recopilaciones de artículos, ensayos y otros materiales publicados en revistas que habían sentado algún precedente en la cultura nacional, como son los volúmenes de *Mito*, 1955 - 1962. *Selección de textos*, preparado y prologado por Cobo Borda, donde Jorge Eliécer Ruiz trataba la "Situación del escritor en Colombia", Hernando Valencia Goelkel, el "Destino de Barba Jacob", Rafael Gutiérrez, ya insistía en su tema esencial, "Nota sobre Hegel", y Fernando Charry Lara sobre la "Claridad del espíritu de Sanín Cano", (Bogotá, Colcultura, 1975, pp. 422); *Eco*, 1960-1975. *Ensayistas colombianos*, recopilación e índice del poeta Álvaro Rodríguez, en el que aparecían los nombres de: Carlos Patiño Roselli, Valencia Goelkel, Gutiérrez Girardot ("El pícaro estóico"), Carlos Rincón, Germán Colmenares (historiador que con frecuencia trata temas literarios), Helena Araújo, Cobo Borda, quien fuera el último director de *Eco*, Oscar Collazos, Jaime Mejía Duque (ya entonces escribía sobre Pushkin), Ernesto Volkening, quienes escribían sobre la literatura del mundo y un poco sobre América Latina (Bogotá, Colcultura, 1976, pp. 478); *Voces*, 1917-1920. *Selección de textos*, preparado y prologado por Germán Vargas, con autores como Ramón Vinyes, Enrique Restrepo, Hipólito Pereyra, Julio Enrique Blanco (Bogotá, Colcultura, 1977, pp. 431); *Revista de las Indias*, 1936 - 1950. *Selección de textos*, presentado y recopilado por el poeta Alvaro Miranda, revista que auspició el

Ministerio de Educación (y que hoy no publican ni el Ministerio ni el Instituto Colombiano de Cultura), con textos de Germán Arciniégas, Daniel Arango, Eduardo Caballero Calderón, Luis Flórez, Abelardo Forero Benavides, Antonio García, Indalecio Liévano Aguirre, Rafael Maya, Luis E. Nieto Arta, J.A. Osorio Lizarazo, Gustavo Otero Muñoz, José Manuel Rivas Sacconi, B. Sanín Cano, Hernando Téllez, Tomás Vargas Osorio, Luis Vidales, E. Volkening, Jorge Zalamea, sobre temas que se repartían por igual el mundo y la nación, dentro de una visión liberal, aprendida en la década del 30, y que luego se borraría del mapa cultural colombiano; (Bogotá, Colcultura, 1978, pp. 469); y podría incluirse, también, el volumen *Estravagario, selección de textos* tomados del suplemento cultural del diario "El Pueblo", de Cali, hoy desaparecido, aunque ahí se note ya la ausencia de textos crítico-literarios, pero que dirigido por Fernando Garavito (la selección la hace María Mercedes Carranza) representó la llegada al poder de la generación joven de la década del 70.

Estos volúmenes no se prepararon como ediciones críticas; se trataba de recuperar a unos autores y sus textos (con prólogos, algunas tablas cronológicas e índices), para cimentar una tradición —que algunos negaban— y como hemos dicho, tal vez, llenar el gran vacío de estos últimos 15 años, la del ensayo y la crítica cultural y literaria.

- b) Otras miradas retrospectivas que, además, pretendían salvar los textos de la efímera vida en los periódicos y revistas, las constituyeron estos volúmenes, editados por Colcultura en Bogotá, en los años que agregamos al final de cada título:

Ensayistas colombianos del siglo XX (1976), con prólogo de Jorge Eliécer Ruiz, un escéptico e irónico poeta de la generación de *Mito*, intérprete de problemas culturales y educativos del país, que incluyó estos nombres: Baldomero Sanín Cano, Luis López de Mesa, Armando Solano, José Umaña Bernal, Germán Arciniégas, Juan Lozano y Lozano, Jorge Zalamea, Alberto Lleras Camargo, Tomás Vargas Osorio, Hernando Téllez, Silvio Villegas, Eduardo Caballero Calderón, Alfonso López Michelsen, Jaime Jaramillo Uribe, Andrés Holguín, Pedro Gómez Valderrama, Alvaro Mutis y Hernando Valencia Goelkel, de los cuales solo los de Umaña, Lozano, Lleras, Vargas, Téllez, Caballero y Holguín, versan sobre literatura;

Horas de literatura colombiana, del antioqueño Javier Arango Ferrer, (1905), libro publicado por primera vez en Buenos Aires, reeditado en Medellín en 1963 y actualizado para esta ocasión, 1978, "prefiriendo siempre proporcionarle al lector, en lugar de cifras y fechas, su observación crítica, su tono personal, su humor, su entusiasmo" (de la contracarátula); *Signos y mensajes* (1976), de Helena Araújo (1934), de gran influencia por su crítica sociológica, de tendencia alemana, y hoy dedicada al estudio de la literatura femenina, cuyos subtítulos del libro nos dan una idea mejor: "Literatura y política", "Literatura y violencia", "Notas sobre poesía" y "Comentarios y polémicas"; *Sobre literatura colombiana e hispanoamericana* (1978), de Eduardo Camacho Guizado (1937), reedición ampliada de un texto anterior sobre literatura colombiana, y otros nuevos, donde Camacho se pasea entre la estilística —se graduó en la Universidad de Madrid— y las posteriores corrientes sociocríticas; *La alegría de leer* (1976), de Juan Gustavo Cobo Borda (1948), textos y crónicas escritos entre 1970 y 1975, sobre literatura y arte, entre los cuales aparecían unos bajo el título de "La tradición de la pobreza", para referirse, sobre todo, a la poesía colombiana actual y al vacío de la crítica. Después publicará un libro con ese mismo título, *La tradición de la pobreza*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1980, en el cual —con el mismo tono— analizará a Sanín Cano, Tejada, Los Nuevos, Jorge Zalamea, Osorio Lizarazo, Uribe Piedrahita, Téllez, Nicolás Gómez Dávila, Gabo, Andrés Caicedo, Obregón y a la poesía colombiana que, frente a unos cuantos ejemplos excepcionales, resulta "una poesía poco importante" (p. 133). Pero la sustentación de la tesis de la "pobreza" había cambiado un poco, porque en su primer ensayo "la tradición de la pobreza" tenía el respaldo de unas frases de Lezama Lima ("Sentirse más pobre es penetrar en lo desconocido. . .", y es "estar más rodeado por el milagro, es precisar el animismo de cada forma. . . .", etc.), que Cobo sintetizaba o concluía así: "Reivindicar la tradición de la pobreza es reivindicar lo único nuestro" (p. 166), y que en su segunda versión, en 1980, explica de esta manera: "No es que no haya algunos buenos poetas y, lo que es quizás más importante, algunos buenos poemas. Es que la sensación general es de profunda e inalterable intrascendencia. Como el país, también la poesía colombiana resulta pobre. Pobre en recursos. Pobre en imaginación" (p. 132). No sabemos a ciencia cierta qué entendía

Cobo por "país" en ese momento, pero es evidente que Colombia ni como población ni como territorio ha sido pobre nunca. ¿Pensó Cobo en la multitud de poetas, en la dirigencia del país, en sus políticas sociales y culturales? Es posible, porque con la inteligencia que desarrolla sus textos no puede concluirse otra cosa. ¿O lo traicionaban Sanín Cano y Téllez, quienes diagnosticaron también nuestra pobreza, pero siempre le dieron una explicación incoherente al pensar que éramos pobres porque no teníamos un Rimbaud, Baudelaire, Keats, Juan Ramón Jiménez, como los europeos? Tomar las carencias por las nostalgias de ciertas ausencias metropolitanas, ha sido un patrón crítico entre nosotros que ha impedido juzgar a tiempo y con claridad nuestras letras; creemos, en efecto, que existe una tradición de la pobreza (en el sentido real, negativo, y en el figurado, positivo), sobre todo en poesía y en ensayo y crítica, agigantados al finalizar este siglo, y pensamos con Téllez que siempre nos hemos "semejado a una jovial legión de muchachos en uniforme lírico", pero la razón no podemos encontrarla en una identidad externa a nosotros mismos: al contrario, la dependencia ha sido un factor de retraso en nuestra propia evolución y decantación de nuestra poesía y de nuestro pensamiento literario.

Textos al margen (1978), de Oscar Collazos (1942), recoge ensayos y notas escritas en España sobre géneros y otros temas actuales en Latinoamérica; *Lector de poesía* (1975), del poeta y crítico Fernando Charry Lara (1920), se refiere a sus ensayos y notas sobre poesía colombiana (Silva, Arturo, Carranza, Gaitán, Mutis y la crisis del verso), poetas de la Colonia, a la Generación del 27 y a algunos poetas latinoamericanos (López, Velarde, Villaurrutia, Paz, Borges, Lezama, y Cardoza y Aragón), sin el propósito de figurar como crítico profesional, pero anotando —al estilo de la estilística renovadas facetas determinantes en nuestra poesía, que por lo general ha recibido más atención de los críticos que la narrativa o la misma teoría literaria; *Horas de estudio* (1976), de Rafael Gutiérrez Girardot (1928), dedicado a autores latinoamericanos, españoles y alemanes (excepto Foucault), y analizados desde su óptica sociológica y filosófica proveniente de sus estudios de derecho, filosofía y sociología, en los que el pensamiento hegeliano apabulla, incluso, al suyo propio. *La poesía* Andrés Holguín (1918), de quien se publicó en 1974 una *Antología crítica de la poesía colombiana (1874-1974)*, polé-

mica entre otras cosas por considerar el humor elemento anti-poético; *Ensayos y variaciones* (1978), de Néstor Madrid-Malo (1918), sobre literatura colombiana (poesía, cuento, novela, teatro), artes plásticas, literatura española y filosofía; *De perfil y de frente* (Estudios literarios), publicado en 1975; de Rafael Maya (1980), poeta y humanista, quien creía que “la crítica puede ser obra de creación, como la poesía o la novela”, y en efecto en sus ensayos sobre literatura colombiana —a la cual siempre privilegió en sus libros, escapando a la normal general —así lo demostró, creando categorías que surgían del mismo corpus analizado; *El cambio en la noción de literatura* (1978), de Carlos Rincón (1937), primer libro que recopilaba los ensayos teóricos suyos, caracterizados por la abundancia bibliográfica que no siempre deja ver las ideas personales sobre los temas tratados, por cierto muy llamativos y atentos a la actualidad de la ciencia literaria en Alemania y el mundo occidental, cuyos problemas Rincón expone a través de otros autores sin que llegue a proponer nuevas alternativas —que siempre quedan insinuadas en sus ensayos, como la que se refiere al del “cambio en la noción de literatura”: “El fenómeno es otro: la presión del proceso social en el continente ha llevado, a nivel ideológico, no sólo a hacer saltar los marcos sino a poner en cuestión la realidad misma del espejismo de una esencia substancialista de la literatura vital para que esta mantenga su estatus tradicional” (p. 17); *Escritos* (1977), de Baldomero Sanín Cano (1861-1957), quien, al decir de Jorge Eliécer Ruiz, en un juicio que no sabemos si favorece o desdice del maestro Sanín Cano “fue, probablemente, el primer escritor de estirpe europea que produjo el país”, mientras que Cobo-Borda en su prólogo a este grueso volumen de 800 páginas afirmaba que cuando Sanín muere, “a los 97 años, no sólo desaparece toda una época, sino también el primer auténtico crítico literario que tuvo el país”; *Selección de prosas* (1974), tomadas de los libros suyos, y dos volúmenes titulados *Textos no recogidos en libro* (1979), de Hernando Téllez (1908-1966), quien decía que los “cervantinos y los orteguianos son, estilísticamente, un desastre, cuyo mérito exclusivo es el de permitir comprobar la inimitabilidad de los modelos geniales”, o al hablar de Marco Fidel Suárez y Miguel Antonio Caro señalaba que en ellos “hay una ausencia total de inventiva, de alada ligereza, de libertad expresiva, de iluminación estética”, que aunque se quejaba de que no habíamos tenido un “realismo a la euro-

pea, digamos a la francesa”, para este fin de siglo pedía “otro tipo de novela, que refleje la nueva realidad; *Carnets* (1976), de José Umaña Bernal (1889-1982), prologado por Jaime Mejía Duque, quien dice que Umaña “concilia para sí los aristocratismos de Barrés y Montherlant con el curioso jacobinismo de Stendhal”; *Crónica de libros* (1976), de Hernando Valencia Goelkel, miembro de la generación de *Mito* y de quien la crítica sigue esperando lo mejor de este escritor sexagenario; *Ensayos I y II* (1976), de Ernesto Volkening (1908-1987), de origen alemán, quien a partir de un análisis clásico, entre sociológico y semantista, escribió el tan citado ensayo —entre los primeros, en un país donde los críticos solo hablan de los muertos—, “Anotado al margen de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez” y otros más útiles en nuestro desierto panorama crítico del libro contemporáneo colombiano, porque él mismo decía que “La crítica literaria tendrá sus méritos, y aún cuando sean pocos, no se ve cómo prescindir de ella en una sociedad que lee (todavía)”, a pesar de que “Lo malo es que raras veces o nunca trata de ponerse en el lugar del lector común y corriente” (Tomo I, p. 157); y *Literatura, política y arte* (1978), de Jorge Zalamea (1905 - 1969), de 870 páginas, con más ensayos y textos de creación que de crítica literaria, para la cual Zalamea no corrió con mucha suerte (sobre todo si se piensa en sus criterios racistas con que analizó, por ejemplo, la obra de León de Greiff).

Algunos, cuando aparecieron estos libros, se lamentaron de la precaria metodología utilizada para la confección de ellos, o de la restricción impuesta por Cobo en cuanto a las personas escogidas para realizar las recopilaciones. Sin embargo, en ese momento —en el que periódicos y revistas, universidades y profesores, cada uno a su manera, bloqueaban frente al lector común y corriente, como diría Volkening, el acceso al ensayo y la crítica literaria, permitió, por lo menos, recordar que inmediatamente antes muchos escritores se habían preocupado por hablar de unos autores y unos libros, que sumados constituían el patrimonio —o buena parte— cultural colombiano. Si las selecciones, tanto de autores como de textos, fueron personales, esto siempre sucederá; si Cobo se excedió en sus prólogos —de lo que él mismo se arrepintió— y se interpuso entre quienes veíamos con preocupación, desde fuera del poder estatal, estos mismos problemas y discrepábamos del europeísmo (francofilia, germanofilia) de los herederos de

Téllez —a quien respetamos más de lo que nos respetó Juan Gustavo Borda—, no pasa de ser un accidente más en la evolución de la historia de cualquier país. La verdad es que esos libros quedaron como un testimonio más de la existencia de un pasado crítico-literario, al cual tendremos que recurrir cuando se intenta armar la historia del ensayo en Colombia, una vez que el estructuralismo y la semiología los hayamos asimilado tanto como para incorporarlos a una corriente que estaba ya atemperada entre nosotros, la que a su vez, habíamos iniciado a principios de siglo con la hegemonía del modernismo. Porque, mientras tanto, en crítica y en lingüística, hemos dado un salto al vacío, al tomar a Barthes, Van Dijk o Bajtín, como si arrancáramos de cero, olvidando a Bello y a Cuervo, a Sanín Cano, Tejada o Téllez.

7. Por fuera de las publicaciones oficiales o estatales, las de Cultura, en este período se editaron otros libros en empresas privadas o públicas. De manera rápida, nos referiremos a ellas, siguiendo este orden: a) obras individuales sobre un autor, un tema, una historia; b) obras colectivas —más de dos autores— sobre autores o temas; c) compilaciones de eventos literarios; d) antologías de autor; y e) ediciones críticas o similares.
- a) *La sátira y la antipoesía de Luis Carlos López* (Bogotá, Banco de la República, 1986), del profesor norteamericano James J. Alstrum, apoyado en la estilística y la comparatística; *Manual de crítica literaria* (Bogotá, Plaza & Janés, 1980), de Gustavo Álvarez Gardeazábal, en el cual resume sus experiencias como exprofesor de literatura en la Universidad del Valle y expone sus criterios sobre el narrador, el espacio, el tiempo, las estructuras, los personajes, los conflictos y las escuelas críticas; con vocación docente, Manuel Antonio Arango ha publicado en este lapso tres libros que rozan la literatura colombiana y, sobre todo, la latinoamericana: *Aspectos sociales en ocho escritores hispánicos* (Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1981), *Once novelistas latinoamericanos* (Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1985), y *Origen y evolución de la novela hispanoamericana* (Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1988); Fernando Ayala, entre varios volúmenes dedicados a la crítica, ha publicado *Novelistas colombianos contemporáneos* (Bogotá, Universidad Central, 1982) y su *Manual de literatura colombiana* (Bogotá, Educar Editores, 1984); Luis Iván Bedoya, con Augusto Escobar, estudiaron y

escribieron durante varios años sobre la literatura de la violencia, y publicaron varios libros analíticos, entre ellos, *El día señalado. Lectura clásica* (Medellín, Ediciones, Hombre Nuevo, 1981), con métodos estadísticos y recurrencia a los criterios de Kayser o Wellek y Warren, hoy Escobar, después de estudiar en París, escribe una de las mejores tesis sobre esta literatura, mientras Bedoya, en Estados Unidos, se doctora en literatura, publica poemas y analiza otras novelas de actualidad desde el punto de vista semantista. Una obra permanente, consistente, desairada —curiosamente— por la corriente hegeliana y germanófila entre nosotros, a la que él pertenece, ha sido la de Jaime Mejía Duque, quien en pequeños libros, casi folletos, ha arremetido contra el macondismo, pero antes examinó a los clásicos nacionales; entre esos libros de circulación un tanto clandestina, recordamos: *Narrativa y neocoloniaje en América Latina*, reeditada en 1976, aparecida en 1972, *El otoño del patriarca, o la crisis de la desmesura* (Medellín, 1975), *Isaacs y María, el hombre y su novela* (Bogotá, 1979), *Momentos y opciones de la poesía en Colombia* (Medellín, 1979), *Tomás Carrasquilla, imagen de un mundo* (Medellín, 1983); libros en los que el autor emplea categorías culturales y filosóficas para determinar su esteticidad, buscando la incoherencia de nuestro desarrollo socio-económico y la manera como la literatura fue respondiendo por esa realidad, aunque en muchas ocasiones sus relaciones resulten —en la prosa barroca de Jaime— tan confundidas como sus mismos críticos. Seymour Menton, profesor y crítico norteamericano, mediante su metodología de binariedades y análisis de núcleos significativos en la obra, editó en Bogotá su libro *La novela colombiana: planetas y satélites* (Plaza & Janés, 1978), dedicado a *María, Manuela, Frutos de mi tierra, La Vorágine, Manuel Pacho, Respirando el verano, El otoño del patriarca, Breve historia de todas las cosas, y El titiritero*. Aunque no se trata de una obra de crítica literaria, Rafael H. Moreno Durán nos entregó una interpretación de la cultura latinoamericana a partir de la literatura en *De la barbarie a la imaginación*, editado en Barcelona en 1976 y reeditado, ampliado, en Bogotá, en 1988. Otto Morales Benítez, estadista, político y escritor, lector social de la literatura, reunió sus ensayos sobre autores antioqueños en *Perfiles literarios de Antioquia* (Universidad Nacional, Bogotá, 1987), donde se refiere a Mejía Vallejo, Sanín Cano, Antonio J. Restrepo, Barba Jacob, Ciró Mendía y Rivera Jaramillo. Desde el significado de los mitos, la línea

y el círculo, Michael Palencia-Roth escribió su interesante *Gabriel García Márquez* (Madrid, Editorial Gredos, 1983). Crítica y documento o testimonio son los libros *Vida y obra de Eduardo Santa* y *Vida y obra de Eutiquio Leal*, del novelista Carlos Orlando Pardo, lo mismo que *Vida y obra de Héctor Sánchez*, del novelista Jorge Eliécer Pardo, editados en Ibagué entre 1987 y 1988. Desde ángulos antropológicos-culturales e históricos, el polaco Bogdan Piotrowski, radicado en Colombia, editó en el Instituto Caro y Cuervo, en 1988, su libro *La realidad nacional colombiana en su narrativa contemporánea*, en el que debe entenderse *contemporánea*, la literatura que arranca con Tomás Carrasquilla, y la *realidad colombiana*, como lo que es, violencia. El cubano Víctor Rodríguez Núñez ganó con su ensayo *Cien años de solidaridad* un premio nacional en Cuba en 1984, y en él estudia la obra periódica de García Márquez. Con intenciones de clasificar, clarificar y valorar temas o autores, también fueron publicados los libros que cito a continuación: *Las palabras están en situación* (Un estudio de la poesía colombiana de 1940 a 1960), editado por Procultura en 1985, y *El nadaísmo colombiano* (O la búsqueda de una vanguardia perdida), de Tercer Mundo Editores (Bogotá, 1988), ambos del poeta y cuentista ex-nadaísta Armando Romero; *De la razón a la soledad* (Bogotá, Universidad Nacional, 1977), del cuentista Darío Ruiz Gómez, recordable —el volumen— porque se incluye un reclamo polémico para la desacralización del poeta nacional León de Greiff; *Porfirio Barba Jacob, poeta del tiempo y del retorno* (Medellín, 1984), de Nazario Silva Silva, quien utiliza el método de la palabra-tema para desarrollar el análisis de la poesía: *Conozca a José Asunción Silva, Luis C. López, Barba Jacob, León de Greiff y Luis Vidales*, por el poeta y crítico cubano Luis Suardíaz (Medellín, Universidad de Antioquia, 1985); *Teoría de la novela*, de Alvaro Pineda Botero, en el que examina elementos marginales del texto novelesco; *Proceso creativo y visión del mundo en Manuel Mejía Vallejo*, de Marino Troncoso, s.j., profesor e investigador literario; (Bogotá, Procultura, 1986); *Sobre literatura colombiana* (Bogotá, Colección Guberek, 1985), del crítico y periodista Germán Vargas; *Oficio discreto* (Ibagué, Ediciones Pijao, 1981), del cuentista Policarpo Varón; *Gardeazábal* (Bogotá, Plaza & Janés, 1986), de Roberto Vélez Correa; *Cinco ensayos sobre Chambú* (Pasto, Edic. Testimonio, 1984), del profesor Joseph F. Vélez; *Una década de la novela colombiana* (La experiencia de los seten-

- ta), Bogotá, Plaza & Janés, 1981, del profesor norteamericano Raymond L. Williams; *Novelas del dictador. Dictadores de novela* (Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1977), del profesor y crítico Conrado Zuluaga; y *Entre María y La Vorágine: la literatura colombiana finisecular (1886-1903)*, del profesor Gilberto Gómez Ocampo, *Literatura risaraldense* (Pereira, 1988), de la profesora Cecilia Caicedo de Cajigas.
- b) *María más allá del paraíso* Cali, Alonso Quijada Editores, 1984), con ensayos sobre *María* de M. Mejía Vallejo, Fernando Cruz, Darío Ruiz, Umberto Valverde, Rodrigo Parra, Alvaro Bejarano, Jaime Galarza, Hernán Toro y Santiago Mutis; *Manual de literatura colombiana*, dos tomos, editados por Procultura y Planeta Editores, en 1988, con treinta ensayos de distinta índole (monográficos, históricos, interpretativos, descriptivos, feministas; una verdadera colcha de retazos que difícilmente podrían dar la imagen de una historia de nuestra literatura, como se pretendió en un principio, a pesar de que, individualmente, brillen algunos por separado), escritos por veintiseis autores colombianos de todas las categorías intelectuales e ideológicas, que dan la imagen de haber antologado una serie de textos sobre literatura colombiana en lugar del *Manual* que, tal vez, nunca se planificó; *La Vorágine. Textos críticos* (Bogotá, Alianza Editorial, 1988), con 36 ensayos y artículos recopilados y ordenados por la profesora Montserrat Ordóñez, con motivo del centenario del natalicio de José Eustasio Rivera; *José Asunción Silva, vida y creación* (Bogotá, Procultura, 1985), con cuarenta y cinco ensayos y artículos de autores nacionales o del exterior, recopilados y presentados sin ningún orden especial —al contrario de la anterior sobre *La Vorágine*, que le da un sentido a la suma de todos los textos— por el poeta y crítico Fernando Charry Lara; *Aproximaciones a Gustavo Alvarez Gardeazábal* (Bogotá, Plaza & Janés, 1977), con doce ensayos y una introducción del profesor Raymond L. Williams, junto a profesores colombianos, franceses, y norteamericanos, ordenados según las novelas criticadas de Gardeazábal.
- c) A más de las mencionadas en las publicadas por Colcultura, el Banco de la República publicó en 1982, con presentación y selección de Cristina Maya, dos volúmenes de Rafael Maya, titulados *Obra crítica*, y siguiendo un orden histórico de los

temas tratados, desde conquista y colonia, independencia, romanticismo, costumbrismo y realismo hasta modernismo, generación del Centenario, generación de Los Nuevos y terminando con humanistas, críticos, periodistas e historiadores y algunos ensayos sobre el concepto de literatura nacional, el estilo y los estilistas; panorama que nos da idea del sentido nacional con que Maya manejó la crítica, sin perder el horizonte occidental, que bien conocía —y que, paradojas de la vida, no le permitió eludir una poesía de corte clásico, tan lejana de sus compañeros de generación cuasi-vanguardista. Pero nadie como Maya conoció nuestra literatura.

Un libro desordenado sobre una escritora del medio siglo es *Elisa Mujica en sus escritos* (Bucaramanga, Fusader, 1988), con una selección de textos críticos de y sobre ella, útiles para un próximo trabajo acerca de sus novelas y cuentos, recopilados por Sonia Truque.

- d) Es probable que existan más volúmenes procedentes de congresos o eventos literarios, a manera de memorias. Nosotros recordamos tres: *La literatura colombiana vista por escritores colombianos*, publicación del Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior —ICFES—, de un ciclo de conferencias —otra modalidad de la crítica— realizado en agosto y septiembre de 1982 en Medellín, con estos escritores: Oscar Castro, Darío Jaramillo, Fernando Charry Lara, María Mercedes Carranza, Darío Ruiz, Germán Vargas, Gilberto Martínez, Edgar Torres, Juan Gustavo Cobo Bordá, Fernando Cruz, Pedro Gómez Valderrama y Enrique Buenaventura; el temario partía de la literatura indígena y llegaba al nuevo teatro. *Ensayos de literatura colombiana* (Bogotá, Plaza & Janés, 1985), de un panorama ofrecido en el I Encuentro de Colombianistas Norteamericanos, en junio de 1984, en el cual se analizaron las literaturas antioqueña, costeña, colombiana nueva, con la participación, entre otros, de Kurt Levy, Marino Troncoso, María Salgado, Raymond L. Williams —quien recopiló el material del libro—, Seymour Menton, Germán Carrillo, John S. Brushwood, Luis Iván Bedoya, Raymond D. Souza, Héctor H. Orjuela, Isaías Peña Gutiérrez, Lawrence Prescott, Otto Morales Benítez. *La problemática de Dios en la novela latinoamericana* (Bogotá, Celam - Universidad Javeriana, 1988), del congreso realizado en octubre de 1986 en Bogotá con la presencia de escritores

como —entre los colombianos y extranjeros— Enrique Camilo Corti, José Francisco García, Carmen Balzer, Fabio Jurado Valencia, Germán Espinosa, Luz Mery Giraldo, Rocío Vélez de Piedrahita, Beatriz Espinosa, Diógenes Fajardo, Cristo R. Figueroa.

- e) No han existido en Colombia tradición de ediciones críticas. En los últimos años algunos investigadores se han vinculado a algunos de estos proyectos, varios de ellos realizados fuera del país. Podemos citar las ediciones especiales —casi críticas— de la Biblioteca Ayacucho de Venezuela, donde han aparecido estos volúmenes coordinados por colombianos: *La Vorágine*, de José Eustasio Rivera, prologada por Juan Loveluck, pero, en realidad, realizada por el jesuita Luis Carlos Herrera, según edición crítica —que, a su vez, el profesor Hernán Lozano ha criticado como deficiente— que publicara en Colombia en 1974, en edición de la Caja de Crédito Agrario (la que confronta las variantes entre la 1a. y la 5a. edición definitiva); *Obra completa*, de José Asunción Silva, por Eduardo Camacho Guizado; *María*, de Jorge Isaacs, por Gustavo Mejía, *Utopía de América*, de Pedro Henríquez Ureña, por Rafael Gutiérrez Girardot; *El oficio de lector*, de Baldomero Sanín Cano, por Juan Gustavo Cobo Borda; *El carnero*, de Juan Rodríguez Freyle, por Darío Achury Valenzuela; *La Marquesa de Yolombó*, de Tomás Carrasquilla, por Jaime Mejía Duque.

Otras editadas en Colombia: *Obra poética*, de Luis Carlos López, por Guillermo Alberto Arévalo, que ordena los libros conocidos e incorpora poemas sueltos, caracterizando a López como poeta realista y progresista; *Tierra de promisión*, edición crítica, incluida en el volumen *Rivera, lírico y pintor* (Bogotá, Colcultura, 1972), por Luis Carlos Herrera, s.j.; *Vocabulario gramatical*, de Diego Mendoza Pérez (Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1987), rescate de una obra conocida en 1884, revisada y estudiada con serios criterios filológicos y presentada con juicios críticos de lingüística contemporánea de Jaime Bernal Leongómez (con reproducción facsimilar del original); *El desierto prodigioso y prodigio del desierto*, de Pedro de Solís de Valenzuela (Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1977), con introducción, estudios y notas de Jorge Páramo Pomareda, Manuel Briceño Jáuregui y Rubén Páez Patiño, quienes estudiaron los manuscritos dobles de esta

novela escrita en verso en el siglo XVII, para lo cual se publicaron otros dos volúmenes en 1983 y 1985, sumando un total de 1401 páginas (entre texto original y estudios de la época, del autor y de la obra); con algunas variantes y reacomodando índices, el Instituto Caro y Cuervo publicó en 1988 la segunda edición —puede considerarse crítica— de la *Obra* de Rufino José Cuervo, en cuatro gruesos volúmenes, donde se incluyen, entre otros libros suyos, *Notas a la gramática de la lengua castellana de Andrés Bello*, *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, y ensayos como “Castellano popular y castellano literario” y “Filología clásica y crítica literaria”¹.

8. Los problemas debatidos, en el fondo, cada vez que la crítica ha enfrentado un libro, siguen siendo algunos los mismos del

1. Dedicado hace unos lustros a recoger la obra de los principales gramáticos colombianos, el Instituto Caro y Cuervo, de Bogotá, en los últimos años ha cambiado de tónica para dar a conocer nuevos investigadores tanto en las ciencias del lenguaje como de la literatura. Algunos títulos representativos publicados de 1974 para acá, en su colección *Biblioteca Colombiana*, iniciada en 1970, con estudios especiales, la mayor parte con criterios filológicos y los últimos con incidencias de las escuelas modernas, pueden ser los siguientes: *Poesía inédita y olvidada*, dos tomos, de Rafael Pombo, en 1970; *La Marquesa de Yolombó*, de Tomás Carrasquilla, en 1974; *El castellano naciente y otros estudios filológicos*, de Félix Restrepo, en 1978; *El Carnero*, de Juan Rodríguez Freyle, según el manuscrito de Yerbabuena, con notas críticas de Mario Germán Romero, en 1984; *Entre primos* (1978) y *En familia* (1985), de José Manuel Marroquín. De su serie “Publicaciones”: *La obra poética de Rafael Pombo* (1975), de Héctor H. Orjuela; *Homenaje a Fernando Antonio Martínez. Estudios de lingüística, filología, literatura e historia cultural* (1979); *Literatura hispanoamericana: ensayos de interpretación y de crítica* (1980), Yurupary, mito, leyenda y epopeya del Vaupés (1983), *El desierto prodigioso y prodigio del desierto, de Pedro de Solís y Valenzuela, primera novela hispanoamericana* (1984), y *Estudios sobre literatura indígena y colonial* (1986), del profesor Héctor H. Orjuela; *Candelario Obeso y la iniciación de la poesía negra en Colombia* (1985), de Laurence E. Prescott; *Estudios sobre el español de Colombia* (1985), de José Joaquín Montes Girzldo; y *Tres bimilenarios clásicos. Virgilio, Tibulo, Propercio* (1986), de Manuel Briceño Jáuregui. En su colección “Series Minor”, destacamos *Tres momentos estelares en lingüística* (1984), *Antología de lingüística textual* (1986) y la edición crítica de *Vocabulario gramatical* de Diego Mendoza Pérez, libros del profesor Jaime Bernal Leongómez. De la serie “La granada entreabierta”, los siguientes: *Letras y letrados*, de Rafael Maya (1975); *La angustia creadora en Núñez y Pombo*, de Alberto Miramón (1975); *De sobre-mesa y otros estudios sobre José Asunción Silva* (1976), de Héctor H. Orjuela; *La estructura de la novela picaresca* (1977), de Gustavo A. Alfaro; *Evolución de la lírica en Colombia en el siglo XIX*, de Fernando de la Vega (1981); *Variedades literarias y lingüísticas* (1984), de Eduardo Guzmán Esponda; y *Sociedad y cultura* (1987), de Jorge Eliécer Ruiz. La revista institucional del Instituto Caro y Cuervo, “Thesaurus”, publica ensayos y notas críticas tanto en el orden lingüístico como en el literario.

principio y medio siglo y otros, sí, nuevos. Dos de vieja data corresponden a las antinomias aparentes de Europa vs. Latinoamérica, y Naturaleza vs. Ciudad. En cuanto al primero, la crítica no logra entender todavía que aunque relacionadas todas las culturas del mundo, existen particularidades que las distinguen; que la relación de dependencia entre metrópoli y satélite implica dos conductas concomitantes en el creador de ficciones: aprender imitando, o asimilar subvirtiendo, hasta cuando la relación con su propia historia y contexto social lo centre y lo conduzca a la producción auténtica por lo particular. No captar estas relaciones flexuosas significa caer en las áridas polémicas del regionalismo y la "universalidad", de lo europeo y lo nuestro. Además, a medida que la herencia mestiza americana se extiende en el tiempo, la referencia metropolitana tiende a ceder —o debería ceder— como hecho impositivo de autoridad moral. La crítica y los mismos creadores se han confundido con la presencia, de otro lado, de la "literatura urbana" en otras zonas del continente, y se ha pedido que se escriba en Colombia, como si se tratara de una receta o fórmula. La naturaleza y la manufactura, queremos decir el paisaje geográfico y las transformaciones del hombre en los núcleos urbanos, constituyen un solo haz. Ninguno de los dos conllevan ningún anacronismo frente a la literatura; cada uno de los dos son nuevos en sus respectivos presentes, y de esa novedad debe responder la literatura utilizando los instrumentos artísticos que exija aquella novedad. Por tanto, el crítico debería ir tras de esa correlación de nuevas realidades, y no tachar en sí ninguno de los dos temas o realidades. Realidades complejas, por lo demás, que no debieran conducir a los estereotipos de naturaleza = expresión rural = costumbrismo = descriptivismo vs. ciudad = expresión urbana = sicologismo = monologismo.

Más de los años 60 y 70 fueron los debates acerca de la ideología del texto literario, con cuyo rasero se descifraban las notas estéticas de una novela o un poemario. Bastaba explicar la clases y capas sociales programadas en la obra, para saber si la calidad llenaba los requerimientos del crítico. Esto condujo a plantear el extremo opuesto, en dos sentidos: la literatura no comporta valores ideológicos y la crítica debe ser desideologizada, y quien ideologiza sus textos incurre en alta traición estética. En el trasfondo de ambas posiciones se movía una trampa porque quienes pedían lo primero buscaban instru-

mentar al arte para la lucha revolucionaria, y quienes solicitaban lo segundo pretendían neutralizar a la izquierda para cimentar sus ideales institucionales de derecha. Por eso Carranza o Aurelio Arturo aparecían como poetas decadentes —malos poetas—, y Zalamea o Luis Vidales como poetas panfletarios —malos poetas—. Y por eso se llegó al absurdo de escribir que García Márquez había sido excelente escritor hasta cuando se “alió” con la Revolución Cubana. La polémica, ridícula en sus aspectos anecdóticos, sirvió para decantar un poco las relaciones entre valores ideológicos y políticos, y valores estéticos. El continente latinoamericano siempre, mientras supere su estado de fácil manipulación económica y política, tendrá una literatura que recree esos valores. Pero todos habrán aprendido que el valor ideológico no valida un hecho literario, pero que, tampoco, puede invalidarlo.

Un tanto colateral al anterior resulta el problema de la historia en nuestra crítica literaria. Para Vergara y Vergara, Antonio Gómez Restrepo o López de Mesa, la historia fue la base de sus críticas literarias, a la manera de la crítica española. Aún en los años 60, el análisis literario se supeditaba al recuento histórico de la época, del autor y de las personas (o referentes) que habían servido para darle vida a los personajes de la obra. Historia que no pasaba de anécdotas pueriles, por lo general, pues las relaciones históricas y sus telones de fondo nunca se explicaban. De ese historicismo anecdótico, de pronto, nos trasladamos a una crítica rigurosamente ahistórica, porque el texto —se decía ahora— se explica solo, es una entidad autónoma e independiente. La teoría, extraída de los mapas del lenguaje como sistema de comunicación, de manera paradójica, olvidaba uno de los factores más importantes del ciclo de la comunicación: el emisor (y su historia). Además, dejaba por fuera al referente del signo, que tiene, también, su historia. Y en lugar de la historia —no en cuanto a las anécdotas, sino en su esencia sociológica— se impuso la lógica matemática. Entre dos extremos situados, o mejor, al pasar de un extremo a otro, abandonamos lo rescatable de una tradición crítica enraizada en Otero Muñoz, Sanín Cano, Maya, Altamar, Téllez, Vidales o Charry Lara, y caímos al vacío para arrancar de cero, e ir corriendo tras las aventuras (y las aventuras son productivas cuando uno mismo las realiza), los fracasos y los regresos de los franceses, etc., como diría el profesor Baena. Sin embargo, en este ir y venir,

algunos críticos, que no fueron al extremo, sino que aprendieron subvirtiendo, han comenzado a entregarnos los textos de sus propias alquimias.

En la lucha anterior, la narrativa recibió los mejores aportes. Pero como no llegaron modelos de análisis de poesía, esta ha continuado bajo el manejo de la crítica de inspiración estilística y semántica. Las escuelas comparatísticas podrían aportar al esclarecimiento del anacronismo de la poesía colombiana, para no caer en la ingenuidad de explicarla con base en la "pobreza" del país. La confrontación histórica de los movimientos y corrientes en su progresiva sucesión contrapuntística, como lo hemos planteado en otras ocasiones a partir de autor, historia y literatura —en una visión tridimensional—, arrojan más luces que la parcelación parcializada de alguno de aquellos factores.

Otros tópicos se han discutido en la crítica literaria. La influencia de la capital y la de la provincia —correlato de la relación metrópoli-satélite, tal vez—, sus ventajas, sus despropósitos. Algunos pronosticaron el advenimiento de los nuevos lenguajes literarios porque provenían de autores surgidos de la provincia, que enfrentado al académico de la capital, le daba el vuelco a nuestras letras. Otros quisieron absolverla diciendo que "la oposición capital-provincia deviene entonces falsa", quebrantando de inmediato la propuesta al señalar que "No se es más inteligente, ni más culto, cuando se vive en la capital". La verdad es que existiendo las dos, la literatura emana de ambas, con las ventajas y desventajas de ellas. Lo circunstancial no embota la producción literaria. Y la capital como la provincia, o la tierra fría como la caliente (también Gabo cree que el Caribe es el paraíso de la literatura "universal", y que en las alturas los hombres no son hombres: cuando el hombre lo es por y para poder vivir en las brumas del mar y en las brumas de las montañas), son accidentes de la totalidad estética.

Por último, las búsquedas de otras identidades como la famosa "del Otro", o la de una nueva noción de literatura —que subyacen en muchos ensayos de los años 80s— le sirven a la teoría y a la crítica literarias, sin que dejemos de pensar en que ellas no deben convertirse en tics nerviosos que impidan despejar los asuntos de fondo en el escudriñamiento

de la naturaleza estética de nuestras literaturas. El "otro" no debe ser otra excusa para manipular solo una cara. —¿la de ciertos intereses políticos institucionalizados? de la realidad colombiana o latinoamericana; el cambio de noción de literatura es un fenómeno perpetuo en la historia del arte literario: si la poesía existe como entidad teórica, el poema de ayer —un poco más de dos mil años— no es el de hoy, y ¿cuanto no va de Ulises a Ulises? Si uno fuera metafórico diría que los géneros literarios jamás han existido, salvo en los manuales de literatura y en cada libro que se escapó de la memoria y de las manos —ayer con pluma de ganso, hoy con los botones de una computadora— de un hombre atribulado y utópico.